CAPÍTULO XIV.

Siccio.

Volvamos al año 1849, y á la noche fatal en que se consumó el crímen por el cual quedó Muzio despojado de sus bienes.

En la servidumbre de la casa de Pompeo habia un anciano criado llamado Siccio, muy antiguo en la servidumbre, pues habia estado en ella, desde que era un niño, y casi se le consideraba como de la familia. Siccio en cambio, profesaba un entrañable cariño al huérfano Muzio, á quien miraba como á su propio hijo, y por lo tanto disgustábale en extremo la perniciosa influencia que el padre Ignacio habia adquirido sobre su señora, y que en su concepto iba á redundar en perjuicio de Muzio.

Pero ¿cómo podia Siccio, que al fin no era mas que un criado, declararse en abierta lucha contra el confesor de su señora ni combatir su influencia?

No tardó en comprender el padre Ignacio que tenia un enemigo en el fiel criado, y en su consecuencia hizo que se le despidiera algunos dias despues de la muerte de la signora Virginia, pero

antes de esto, Siccio pudo oir en cierta ocasion, sin ser visto, el siguiente diálogo entre el padre Ignacio y la hermana Flavia.

—¿Qué haremos con el niño? preguntaba la monja.

—Le enviaremos á la casa de espósitos, replicó el padre; allí no será tan fácil que se pervierta con las heréticas doctrinas de este siglo, y además podremos tenerle á la vista para consolarle cuando lo necesite.

Al decir estas últimas palabras, agitó los labios de fray Ignacio una sonrisa diabólica que hizo estremecer á Siccio, inmóvil en su escondite.

El buen criado resolvió desde aquel momento no dejar al niño en poder de aquellos bribones, y á los pocos dias de habersele despedido, consiguió introducirse una noche en la casa, bajo el pretesto de haber olvidado algunos objetos de su pertenencia. Una vez allí, y seguro de que nadie le espiaba, penetró en la habitacion donde sabia que estaba el niño, y cogiéndole entre sus brazos, pudo salir á la calle sin ser visto, subió á un coche de alquiler, y dando las señas de una casa que habia alquilado de antemano cerca de la ciudad, escapó sano y salvo con su preciosa carga.

Debemos advertir aquí que Siccio conocia muy bien la ciudad de Roma y todos sus alrededores, atendido que el padre de Muzio, anticuario por aficion, le habia llevado siempre consigo á sus espediciones, y merced á esta circunstancia, el buen hombre que ya no podia ponerse á servirporque tenia que cuidar del niño, resolvió aprovechar sus conocimientos como cicerone. Sin embargo, lo que ganaba con este servicio era tan poco que con dificultad podia adquirir lo suficiente para su manutencion y la del huérfano, pero así pasaron algunos años, hasta que por fin, los achaques de la vejez y su quebrantada salud le impidieron dedicarse á su nueva profesion. Siccio no sabia que partido tomar,

pero tuvo de pronto una inspiracion que debia sacarle por entonces del apuro. Como Muzio tenia graciosas formas y llamaba la atencion por su gentileza, Siccio resolvió arrostrar el peligro de llevarle á la ciudad, donde seguramente los artistas y escultores le tomarian como modelo, y puesto por obra el plan, el buen criado tuvo la satisfaccion de que los maestros del arte le buscáran á porfía, pues Muzio, que rayaba ya en los quince años, tenia efectivamente admirables formas.

Por algun tiempo, Siccio y su ahijado, vivieron con cierta comodidad, y cierto dia, creyendo el primero que no debia ocultar por mas tiempo á Muzio el secreto que tenia que confiarle mas pronto ó mas tarde, refirióle los pormenores de la infame intriga por la cual se le habia despojado de sus bienes. La indignacion del jóven fué tan grande como su agradecimiento á Siccio, pero desde aquel dia ya no quiso servir de modelo, y prefirió prestar otros servicios en los diversos estudios donde querian ocuparle. Algunas veces, y cuando el pobre Siccio no podia ya salir de casa por sus achaques y enfermedades, servia de *cicerone* á los estrangeros, varios de los cuales le recompensaban generosamente por la simpatía que inspiraba, pero como nunca habia alargado su mano para pedir dinero, los pobres de Roma le llamaban irónicamente el *señor*.

A pesar de sus esfuerzos, Muzio se vió en la imposibilidad de atender á todos los gastos que ocasionaba la enfermedad de Siccio, y esta era la causa principal de que se le viera siempre triste y cabizbajo, pero la Providencia debia venir una vez mas en auxilio del huérfano, como vamos á ver.

Pocos dias despues de la aventura de Julia, de que hemos hablado antes, y hallándose Siccio solo en su casa, penetró en la habitacion una mujer que ocultaba su rostro con un espeso velo, y poniendo una pesada bolsa encima de la mesa, dijo con acento bondadoso al pobre Siccio:

—Amigo mio, espero que no rehusareis esta pequeña oferta; aquí teneis una cantidad de la que podeis hacer uso sin escrúpulo alguno, pero en cambio os suplico que no trateis de averiguar el nombre de la persona que os da esta prueba de su aprecio, y en el caso de llegar á saberlo, no reveleis el secreto á nadie.

Así diciendo, y antes de que el pobre hombre tuviese tiempo de recobrarse de su sorpresa, desapareció la mujer cerrando la puerta tras sí.

CAPITULO XV.

El palacio Corsini.

I.

Cuando anunciaron al cardenal Procorpio la llegada de las tres señoras que iban á entregarle una solicitud, murmuró para sí:

—Esto es todo cuanto podia desear por ahora, y á fé que la Providencia me sirve mejor que todos esos tunantes que me rodean.

Aun no habia acabado de formular su pensamiento, cuando entró en el despacho Aurelia, seguida de Silvia y de su hija, y al verlas esclamó el cardenal en voz alta:

—Entregadme la solicitud de que habeis hablado.

Monna Aurelia tomó el documento de manos de Silvia, y arrodillándose respetuosamente lo entregó al cardenal.

Despues de examinar el escrito con aparente atencion, fijó e prelado la vista en Aurelia y preguntó:

—¿Sois vos la esposa de ese Manlio que se atreve á ocultar en su casa á los enemigos de Su Santidad?

—Yo soy la esposa de Manlio, Eminencia, contestó Silvia ade-

lantándose; esta señora se ofreció á presentaros la solicitud, pero os aseguro que ni yo ni mi esposo hubiéramos dado ningun paso, porque somos personas de reconocida honradez.

—¡Reconocida honradez! repitió el cardenal con aparente enojo; ¿cómo es entónces que ocultais en vuestra casa á los enemigos del Estado, empleando luego la violencia para sustraer á los culpables del poder de la justicia?

—¿Qué quereis decir? exclamó Clélia que hasta entonces habia guardado silencio; ¿será acaso cierto que se ha escapado mi padre?

Y al decir esto, una sonrisa de satisfaccion iluminó el semblante de la hermosa jóven.

—Sí, se ha escapado, contestó el cardenal, pero se le volverá á coger y será castigado por este doble delito.

Estas palabras hicieron estremecer á Silvia, y tal era su escitacion que cayó desmayada en los brazos de su hija.

El cardenal que estaba acostumbrado á semejantes escenas, resolvió aprovecharse desde luego de la oportunidad que se le deparaba, y llamando á varios criados, ordenóles que condujeran á las señoras á otra habitacion y se prestáran los auxilios necesarios á la que se habia desmayado.

Cuando el cardenal se quedó soló, una sonrisa de satisfaccion animó su semblante y murmuró para sí:

«¡Ah, hermosa mia, no saldrás de este palacio sin pagarme el tributo!»

Pocos momentos despues, el cardenal llamó á Gianni, el cual, adivinando que iban á necesitarse sus servicios, se presentó al instante.

—Signor Gianni, exclamó el prelado, sin poder disimular su alegría, ya veis que la Providencia me sirve mucho mejor que vos.

Conociendo aquel bribon que su amo estaba contento, puesto

que le llamaba *señor*, y que las cosas iban bien, se atrevió á contestar:

—Siempre he dicho que vuestra Eminencia nació bajo una estrella feliz.

—Muy bien, continuó el profano cardenal, puesto que la suerte me favorece, ahora depende de vos que terminemos pronto este negocio. Seguid á esas señoras á fin de que se las trate con la debida consideracion, y cuando se hayan serenado un poco, enviad una órden al padre Ignacio para que venga á buscar á la que se llama Aurelia y á la mujer del escultor, bajo el pretesto de que es preciso interrogarlas respecto á la fuga de Manlio. De este modo tendré yo una oportunidad para conversar á solas con la hermosa Clélia.

Gianni saludó profundamente y salió para ejecutar las órdenes de su amo.

A los pocos momentos entró un criado en el despacho de su Eminencia, anunciando que una señora inglesa deseaba hablarle sobre cierto asunto.

El cardenal Procorpio, que admiraba tambien la hermosura de la estrangera, se alegró mucho de que se le presentára una ocasion para hablarla, y dió órden para que la permitieran entrar.

Julia se presentó á los pocos momentos y segun la costumbre inglesa alargó su mano al cardenal, quien con palabras muy lisongeras, la ofreció un asiento.

—¿A qué debo la felicidad de veros otra vez aquí, preguntó el cardenal con acento bondadoso; ya sabeis que vuestra presencia es muy grata para mí y que tengo siempre mucho gusto en recibiros.

—Su Eminencia es demasiado condescendiente, replicó Julia con gravedad, y sin hacer aprecio de las lisonjas del prelado. Ya recordareis que en otra ocasion vine á veros á fin de que se me

concediera permiso para copiar algunas obras maestras, pero hoy me trae aquí un asunto muy distinto.

—¿Y tendreis la bondad de decirme, hermosa señora, en qué puedo serviros, repuso el cardenal cogiendo una mano de la inglesa y estrechándola entre las suyas.

Resentida Julia, apartó su silla de la del prelado, y como viese que este acercaba la suya, levantóse con marcado enojo, y dirigiéndole una altiva mirada, exclamó con acento de cólera:

—Sin duda olvidais quien sois, caballero, y en ese caso debo retirarme inmediatamente.

Intimidado el cardenal ante la dignidad y la actitud de la jóven inglesa, permaneció tranquilo en su silla, esperando á que aquella le manifestase lo que deseaba.

—Mi objeto es, continuó Julia, averiguar el paradero de la esposa y de la hija del escultor Manlio, las cuales, segun me han dicho, se han presentado en este palacio hace algunas horas para entregaros una solicitud.

—Cierto es que han venido aquí, pero ya se han marchado, contestó el cardenal, que apenas se habia repuesto de su sorpresa.

—¿Y hace mucho tiempo? preguntó Julia.

—Algunos minutos no mas, señora.

—¿Creeis que habrán salido ya del palacio?

—Seguramente.

Al oir esto, Julia hizo un ligero saludo, y lanzando al cardenal una mirada de desconfianza, se despidió de él.

II.

Nada hay perfecto en este mundo; la nacion inglesa tiene sus defectos como todas las demás, pero sin embargo, los ingleses son

los únicos que pueden compararse con los antiguos romanos, pues se asemejan á ellos así en sus severas virtudes como en sus vicios.

En la historia de los conquistadores hay muchas páginas sangrientas ; todos han cometido crímenes lo mismo en sus dominios que en los paises que invadieron , y muchas son las naciones que han asolado para satisfacer su sed de oro y su ambicion.

¿ Quién se atreverá sin embargo á negar que los bretones , con todas sus faltas, no han contribuido poderosamente á la civilizacion y al progreso social de la humanidad? Ese pueblo severo, inflexible, magestuoso y libre, no ha obedecido nunca mas que las leyes que él mismo hizo , no ha tenido jamás otros gobernantes que los que él eligió, y por su rectitud y sus virtudes, ha sabido conciliar los principios de órden y libertad.

Inglaterra ha llegado á ser un santuario , un refugio inviolable así para los fugitivos como para los desgraciados de todas las naciones , y lo mismo los perseguidos que los perseguidores han encontrado allí hospitalidad sin mas condicion que la de considerarse como ciudadanos y prestar obediencia á las leyes soberanas.

Recuérdese tambien que Inglaterra fué la que primero proclamó á la faz del mundo la emancipacion de los esclavos, y es de notar que su pueblo se sometió gustoso á un aumento de contribucion á fin de que se llevase á cabo tan justa y benéfica medida en todas las colonias. Los descendientes de Inglaterra en América, despues de una sangrienta lucha entre la libertad y la oligarquia, suprimieron tambien la esclavitud en el Nuevo Mundo.

Por último , diremos aquí de paso que Italia debe en parte á Inglaterra su reorganizacion , que se realizó merced á la enérgica proclama de no intervencion en los estrechos de Mesina, publicada en el año 1860.

Italia tiene tambien algo que agradecer á Francia, pues muchos de sus heróicos soldados perdieron la vida defendiendo la causa

italiana en las batallas de Solferino y de Magenta. Italia se ha aprovechado como todas las demas naciones de los escritos debidos á los hombres mas eminentes de Francia , tratando de observar sus principios de justicia y libertad, y á esa nacion debemos tambien en cierto modo, que se haya abolido la piratería en el Mediterráneo.

La nacion francesa progresó durante algunos siglos y llegó á figurar á la cabeza de la civilizacion; hubo un tiempo en que proclamó la libertad para el mundo y trató de propagarla , pero ¡ay! hoy la vemos humillada ante la imágen de una grandeza ficticia, y aquel que rije sus destinos actualmente trata de defraudar á la nacion que aparentaba emancipar en un principio , y emplea sus tropas para privar á Italia de la libertad que obtuvo en otro tiempo merced al auxilio de la misma Francia. De esperar es que esta potencia volverá á su primitiva situacion , y que unida con Inglaterra, empleará todos sus esfuerzos para poner un freno á la violencia y á la corrupcion, enarbolando el estandarte de la libertad universal y del progreso.

III.

En la tarde del mismo dia en que tenian lugar los acontecimientos de que hemos hablado , hallábanse reunidas algunas personas en la reducida habitacion de Siccio , y añadirémos que entre ellas estaba la hermosa Julia que acababa de volver de su visita al palacio Corsini.

Julia referia á sus oyentes , que eran Attilio y Muzio, los pormenores de su entrevista con el cardenal , y se espresaba en estos términos :

—Amigos mios, su Eminencia me dijo que aquellas señoras se

habian marchado ya, mas para que veais cuanto se puede alcanzar con el oro, básteos saber que los mismos servidores de ese vicioso prelado me dijeron la verdad, y así puedo aseguraros ahora, que las señoras estan detenidas.

Al oir esto Attilio, se pasó una mano por la frente, y sus ojos lanzaron una mirada sombria.

Julia conoció que sus palabras habian escitado la cólera y la indignacion del jóven, y acercándose á él, le rogó que se calmase y que tuviera presente que era preciso proceder con mucha prudencia para obtener la libertad de Clélia y de Silvia.

—Teneis razon, señora, murmuró Muzio, que hasta entonces habia permanecido silencioso.

Julia y sus dos amigos comenzaron á discutir entonces á fin de concertar un plan para obtener la libertad de la familia de Manlio, y desde luego se dispuso enviar un recado á Silvio, previniéndole que viniese á las diez de la noche.

Muzio tenia un corazon generoso, y aunque amaba á la hermosa estranjera apasionadamente, no esperimentó ningun sentimiento de celos cuando marchó á cumplir su comision, dejando sola á Julia, con su amigo Attilio. El jóven no ignoraba sin duda que tambien el artista tenia una alma noble, y que el amor de Julia era puro y verdadero, tanto mas cuanto que la linda inglesa sabia ya la historia de Muzio y sus desgracias.

Sin embargo, antes de que el jóven saliera de la casa, Julia se despidió de sus dos amigos, encargándoles no dejasen de ir á las diez á la Piazza, donde les esperaria en un coche para llevar á Silvia y á su hija á un sitio seguro, en el caso de que se consiguiera ponerlas en libertad.

La estranjera estaba resuelta á poner en juego todos los medios posibles para libertar á la familia del escultor, pero seguramente ignoraba los peligros á que se esponia con esto.

CAPÍTULO XVI.

Retribucion.

¡Justicia! ¡palabra sagrada! pero cuanto abusan de ella los poderosos de la tierra! Cristo fué crucificado en nombre de la justicia; por ella sufrió el tormento Galileo, y las leyes de esta injusta Babel, á la que por mal nombre llamamos la Europa civilizada, se hacen y se administran en nombre de la justicia. Esto no impide que en Europa se muera de hambre el hombre que desea trabajar, mientras el perezoso, y el que solo piensa en satisfacer sus vicios, vive en el lujo y disfruta de todos los placeres. En Europa hay unas cuantas familias que gobiernan las naciones, manteniéndolas en un contínuo estado de guerra, bajo el pretesto de que eso se hace en nombre de la justicia, de la lealtad, de la gloria militar y de otras cosas por el estilo.

Tambien el cardenal Procorpio y el padre Ignacio obraban en nombre de la justicia, ignorando seguramente que muy cerca del palacio, unos cuantos hombres de valeroso corazon, esperaban una hora dada para poner en libertad á toda costa á la familia del escultor Manlio.